

# De destinos, azares y designios en el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”

ILSE NAOMI JAIME TANAMACHI

Omar Ménez Espinosa (2008), *Las flechas de Apolo*, Toluca, UAEM.

Ximena Sánchez Echenique (2004), *Sobre todas las cosas*, Toluca, UAEM.

Gabriel Velasco (2005), *Los dioses son caprichosos*, Toluca, UAEM.

Cada año, entre junio y julio, la Universidad Autónoma del Estado de México convoca a todos los escritores de lengua española, residentes en el país o en el extranjero, a participar con trabajos inéditos en el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”. Las obras no deben contener menos de 80 cuartillas, ni exceder las 250, por una sola cara. Los resultados de esta convocatoria se dan a conocer en el mes de abril del año siguiente, luego de la decisión tomada por un jurado calificador, el cual, en sus diferentes versiones, ha sido integrado por escritores de reconocido prestigio como Agustín Monsreal, Silvia Molina, Juan Domingo Argüelles, Orlando Ortiz y Mauricio Carrera, entre otros.

Anteriormente, este premio, creado en 2000, era de dimensión nacional; sin embargo, como para la UAEM el fin de instaurarlo, junto con el “Gilberto Owen” en poesía, había sido el de promover y reconocer la creación de narradores y poetas no sólo del país, sino del extranjero, ambos certámenes se internacionalizaron a partir de 2003.

La primera obra ganadora del “Ignacio Manuel Altamirano” en 2000, cuando el premio aún era a nivel nacional, fue *La dama de los perros*, de María Eugenia Leefmans. En 2001 el premio se declaró desierto y, posteriormente, en 2003, en la primera edición internacional, Ximena Sánchez Echenique resultó ganadora con

*Sobre todas las cosas*. La siguieron Gabriel Velasco en 2004 con *Los dioses son caprichosos*; Gabriel Trujillo en 2005 con *Highclowd*; Jesús Humberto Florencia en 2006, con *Todos santos*; Omar Ménez Espinoza en 2007 con *Las flechas de Apolo*; Mario Heredia en 2008 con *Qué demasiado tarde, sin embargo*; Juan Alejandro Paniagua Anguiano en 2009 con “E” *sin acento*; Francisco Ledislao Melchor Franco en 2010 con *De Huipulco a Berlín, y el más reciente, de 2011, en la novena edición del premio*, Eduardo Osorio con *El juego del gato y el alfil*.

En premios de esta magnitud siempre es posible preguntarse qué mueve a los dictaminadores a elegir un título sobre el resto, o si en la selección de una u otra obra ganadora se busca que éstas sean diferentes o si el premio tiene ya un estilo predeterminado. Aquí se habla de tres novelas ganadoras: *Sobre todas las cosas* (2003), *Los dioses son caprichosos* (2004) y *Las flechas de Apolo* (2007).

Ximena Sánchez Echenique ganó el Premio Internacional "Ignacio Manuel Altamirano", en la promoción del 2003 con su primera novela: *Sobre todas las cosas*. Organizada en siete capítulos, que a su vez se dividen en tres subcapítulos, la trama de esta novela está constituida por el enlazamiento de tres diferentes historias.

La protagonista, Mar, se encarga de contar su pasado desde su presente, entrelazándolo con otra narración que se desarrolla con el personaje de Medelbek en la Rusia del siglo XX y que va descubriendo gracias a algunos textos de su padre, Dario, los cuales advierten sobre una maldición que afecta a su familia desde generaciones pasadas; tal maleficio no es otro que el de no poder disfrutar de las cosas cotidianas. De este modo, las historias se van alternando, conduciendo al lector por un laberinto, con el único vínculo de unas vasijas de Fabergé, causantes de la maldición.

Resulta bastante valiente esta dinámica de tres historias que son parte de un todo, en el cual es indispensable el juego con el sonido de las palabras y la descripción detallada de cada uno de los espacios donde se desarrolla la novela —Rusia y la Tierra de los Sucesos Triviales. *Sobre todas las cosas* es una novela joven, incluso podría considerarse *light*, que procura justamente la reflexión sobre el deleite que implica vivir cada momento por muy insignificante o rutinario que sea.

Por otro lado, el premio de 2004, la novela *Los dioses son caprichosos*, de Gabriel Velasco, propone el encadenamiento de tres mujeres: Braulia, Juana y la hija de ésta, Luciana. Contrario a su novela antecesora, la citada *Sobre todas*

*las cosas*, en la que Sánchez Echenique propone una ruptura entre lo prescrito, la maldición, y lo elegido; la temática de Velasco busca advertir al lector sobre su condición de estar sujeto, en todo momento, a los azares de la vida o, en este caso, al designio de los dioses. Es rescatable el trabajo que Gabriel Velasco ofrece al retomar algunos elementos filosóficos, sociales y antropológicos de la cultura maya, como su oralidad, tradición y cosmovisión.

El texto se estructura en dos partes contrastantes en contenido y estructura. La historia alterna narradores, algunas veces es Juana quien habla sobre su vida, otras es un narrador omnisciente que relata la historia del capitán Bellini. Así, conforme se adentra en la novela, las circunstancias inevitables propician el encuentro de dos vidas, la de Juana Sacramento y la del capitán Pietro Bellini.

En la segunda parte se habla de la hija de ambos, Luciana, a partir de quien se desarrollará otra apuesta en *Los dioses son caprichosos*: la de plasmar la realidad de las relaciones interculturales en el México actual. Al elemento indígena y al mestizo se agrega otro: la presencia extranjera. Esta “nueva identidad” propicia a su vez una fusión singular de valores y una modificación a las tradiciones.

La obra de Velasco es una novela con una intención altamente sinestésica que pretende llegar a un público gustoso de experimentar el melodrama a flor de piel.

Finalmente, el tercer texto, ganador del premio en 2007, *Las flechas de Apolo*, de Omar Ménez Espinoza, se basa en la primera rapsodia de *La Ilíada*, en la que Apolo envía sus flechas contra los dánaos durante nueve días. De una manera similar, Ménez arroja sus virulentas flechas a los oriundos del pueblo San Joseph Tolotzinco.

La historia transcurre en el periodo de un año, lapso en el cual se narran las incidencias que atraviesa la población de San Joseph al padecer la presencia de un mortífero protagonista: la viruela. A través de los personajes, temerosos de la muerte, es que se pone en tela de juicio toda afirmación científica, teológica y se expone al hombre ante sí mismo en su condición finita.

Mediante el empleo de locuciones latinas, regionalismos de la época y nahuatlismos —muchos de ellos en actual desuso—, Ménez, médico de profesión, recrea de manera congruente el pensamiento y el escenario del siglo XIX abordando su contexto histórico-social, el gentilicio y los rituales prehispánicos. Para ello se sirve de técnicas narrativas como la crónica, el diario privado, el ensayo

científico y literario e incluso la transcripción de documentos oficiales. Sin duda, este texto toca temas bien cimentados con fuentes documentales o con los testimonios orales, sin que ello reste valor al proceso creativo.

Es innegable que estas obras comparten muchos elementos semejantes. Llámese destino, azar o designio, las tres novelas procuran una reflexión acerca de la condición del ser humano como ente gobernado por fuerzas mayores a las que puede comprender. La primera novela busca la reflexión sobre el vivir aquí y ahora; la segunda, gracias al designio divino, trata la relación de pareja y la fusión de nuevas culturas, y la tercera, con los destinos apolíneos de avanzar o perecer, enfrenta al hombre con la mortalidad.

También pareciera que otro factor común es que los tres títulos procuran relacionar escenarios mexicanos con otros extranjeros y establecer juegos temporales —por lo general alternando la narración—. La de Sánchez Echenique, en el aspecto espacial, mezcla en su historia ambientes rusos y, si bien no habla de México como tal, no se puede negar que la Tierra de los Sucesos Triviales tiene muchos elementos mexicanos en la descripción de su paisaje.

En Gabriel Velasco esta característica es mucho más evidente, gracias al juego narrativo que alterna los espacios mexicano y siciliano para al final unirlos; no sólo se hablan de los paisajes geográficos, sino también de las ideologías que se conjuntan y crean una nueva idiosincrasia.

Finalmente, en Omar Ménez, si bien toda la historia se desarrolla en México —la prefectura de Toluca del siglo XIX— sobresale la relación intertextual con la cultura griega a la que se adiciona el lenguaje médico de los personajes. Sin embargo, cada novela tiene su propio estilo, sea más histórico, irónico o increíblemente melodramático, de modo que surgiría la impresión de que los jurados buscan cada año algo nuevo y diferente, por no decir mejor, que el anterior.

No sé qué tan seguro es el hecho de que la elección de la obra ganadora sea a partir del destino, del azar o de algún designio divino, pero sí es evidente que el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” está por cumplir diez años —en su edición internacional— y que muchas personas, sean lectores o escritores, esperan que siga dando frutos en la forma de obras cada vez más frescas, valientes y novedosas.